

## Un análisis del poder

PETER GOZAN

© New Left Review, julio-agosto de 2002.

Olvídese de la globalización. Borre de su mente eufemismos como "gobierno planetario". Deseche la creencia de que la política exterior de las democracias occidentales persigue objetivos liberales, depende de la opinión pública o busca alcanzar la paz. El sistema interestatal genera rivalidad y guerra hoy, mañana y siempre. Dispóngase a presenciar los conflictos entre las grandes potencias del siglo xxi. Tal es, en síntesis, el temible mensaje de *The tragedy of great power politics*.<sup>1</sup> Sin embargo, el libro es bastante complejo. Su autor, John Mearsheimer, ha sido desde hace tiempo una voz rebelde dentro de la complaciente elite que se ocupa de la política exterior estadounidense; un hombre que, no por casualidad, ha pasado su carrera realizando labores docentes en universidades, antes que cumpliendo tareas de funcionario dentro de las burocracias encargadas de la seguridad nacional y proveedoras de las tradicionales apologías sobre el papel de Washington en el mundo. Su escrito no sólo no adolece de la hipocresía que normalmente envuelve el tema de la función de Estados Unidos en el planeta, sino que es extraordinariamente comprensible: riguroso, directo y claro, sin rastro de la habitual jerigonza académica. Pero a la vez aborda con erudición y agudeza asuntos complicados y debatidos sobre la materia. Por su profundidad histórica y vigor teórico, es probable que el libro –no obstante su heterodoxia– tenga un amplia acogida entre los lectores de todo el mundo.

Desde el punto de vista intelectual, Mearsheimer es producto de la tradición originada en la posguerra por la teoría neorrealista de las relaciones internacionales de Kenneth Waltz. Los postulados del paradigma neorrealista son simples y claros: los Estados son los agentes principales del sistema internacional, y si nuestro propósito es analizar sus interacciones, podemos concebirlos como cajas de cartón o bolas de billar y pasar por alto su respectiva organización interna y las presiones a las que están sujetos. En cuanto a las directrices de la política exterior de cualquier Estado, necesariamente son dictadas por la estructura del sistema internacional, cuya anarquía –o sea, la falta de alguna forma de jurisdicción consensual– obliga a los Estados a luchar por la supremacía, en una interminable búsqueda de su propia seguridad. Una superpotencia que no se ocupa de la búsqueda racional de la hegemonía inevitablemente pone en riesgo su supervivencia. He ahí el destino trágico al que alude el título del libro de Mearsheimer.

Sin embargo, Mearsheimer se aparta de Waltz en varios aspectos importantes. Ante todo, rechaza la idea –formulada por este último– de que la lógica del sistema internacional tiende hacia el equilibrio, ya que como todos los Estados deben perseguir el mismo objetivo de seguridad, cualquiera de ellos que vaya más allá e intente predominar sobre otros dará origen a una consecuente alianza de sus rivales. Conscientes de esta reacción inevitable, las grandes potencias –en opinión de Waltz– tienden a convertirse en Estados preservadores del statu quo: aceptan las restricciones de equilibrio de poder y actúan a la defensiva para

mantenerlas. La jugada clave de Mearsheimer es rechazar esta idea de "realismo defensivo", como la llama. El imperativo de supervivencia, afirma, es incompatible con cualquier equilibrio entre los Estados porque la única garantía total de supervivencia, en un orden anárquico, es la supremacía; es decir, no el equilibrio con otras potencias, sino predominio sobre ellas. Hay dos razones sencillas: ¿cómo puede saber una potencia que tiene un margen de ventaja "seguro" sobre sus vecinos como para permitirse tomar un descanso, y cómo predecir las capacidades que su rival podría tener dentro de diez o veinte años? Estas incertidumbres inherentes al orden internacional obligan a los Estados, por poderosos que sean, a buscar más poder: no hay tregua para ellos.

Dada la dificultad de determinar cuánto poder basta para el presente y el futuro, las grandes potencias reconocen que la mejor manera de garantizar su seguridad es alcanzar la hegemonía ahora, y eliminar así el riesgo de desafío por parte de otra superpotencia. Sólo un Estado mal dirigido dejaría pasar la oportunidad de predominar en el sistema por creer que tiene ya suficiente poder para sobrevivir.<sup>2</sup>

En efecto, lo que Mearsheimer hace es proyectar en la arena internacional las máximas fundamentales de Hobbes: "El poder de un hombre se opone al de otro y lo contrarresta, así que tener poder no es simplemente acumular poder, sino superar en poder al otro."

Ante todo creo que existe una inclinación común a toda la humanidad, un impulso irrefrenable y constante de alcanzar el poder por el poder, que sólo cesa con la muerte. Y la causa de esto no siempre es que el hombre desee tener mayores placeres de los que ya disfruta, o que no pueda conformarse con un poder moderado; la razón es que se siente incapaz de conservar el poder y los medios para vivir bien sin acumular más poder.<sup>3</sup>

Estas son las premisas implacablemente lógicas a partir de las cuales Mearsheimer, corrigiendo a Waltz, desarrolla una doctrina del "realismo ofensivo". En el mundo no existe un Estado que se precie de estar satisfecho. Lejos de actuar a la defensiva, dice Mearsheimer, "una superpotencia que aventaja marcadamente en poder a sus rivales tiende a maniobrar más agresivamente porque tiene la capacidad y la motivación para hacerlo".<sup>4</sup>

Historiales de conquista

Una vez planteados estos axiomas básicos, Mearsheimer hace una revisión analítica de las relaciones internacionales desde la Revolución francesa con el fin de demostrar que el registro histórico valida ampliamente dichos principios. La parte medular de su libro está integrada por prolijas descripciones de los cálculos y decisiones estratégicas de las principales potencias del mundo moderno: la Francia napoleónica y las coaliciones que se organizaron en su contra; la Prusia de Bismarck y la Alemania de Guillermo II; la supremacía naval británica; las ambiciones italianas en el Mediterráneo; la expansión japonesa en Asia oriental; el surgimiento de Estados Unidos; la dos guerras mundiales y la guerra fría. Cada uno de estos capítulos ofrece información fascinante, y en conjunto forman una obra de gran riqueza. El hilo conductor es el juicio desapasionado e imparcial de un historiador inmune a los caprichos ideológicos de su país y su tiempo.

Estados Unidos surgió, inevitablemente, bajo una siniestra luz. Mearsheimer no se anda con eufemismos. "Henry Cabot Lodge —escribe—, acierta al señalar que Estados Unidos tenía 'un historial de conquista, colonización y expansión no igualado por ningún pueblo en el siglo xix". Por supuesto, no es éste el concepto que la mayoría de los estadounidenses han tenido de su pasado: "la retórica idealista fue el medio apropiado para encubrir las políticas brutales que apuntalaron el tremendo crecimiento del poder norteamericano". Esta dualidad

ha perdurado hasta el presente. Desmintiendo mitos posteriores, Mearsheimer demuestra que la participación de Estados Unidos en la segunda guerra mundial, lejos de haber sido la reacción de una víctima inocente y sorprendida por el ataque a Pearl Harbor, fue resultado de una deliberada "presión coercitiva en gran escala contra Japón para convertirlo en una potencia menor"; es decir, no tanto por la expansión nipona en Asia oriental, sino por el temor de que asestara un golpe demoledor a la URSS cuando Hitler estaba a las puertas de Moscú y, por consiguiente, destruyera todo equilibrio de poder en Europa. Cuando la guerra terminó y la Unión Soviética se fue convirtiendo en el principal adversario de Estados Unidos, el objetivo primordial norteamericano fue alcanzar la superioridad nuclear. "Sería más exacto definir la política nuclear estadounidense en la década de 1950 como una 'gran prioridad' que como una gran represalia." En cuanto al periodo posterior a la guerra fría, la onu prácticamente se ha limitado a poner una fachada decorativa a las políticas de Estados Unidos.

Cuando Estados Unidos se propuso impedir que Boutros Ghali se mantuviera por un segundo periodo como secretario general de la onu, se salió con la suya, a pesar de que los demás miembros del Consejo de Seguridad lo apoyaban para continuar en el cargo. Estados Unidos es el país más poderoso del mundo y generalmente se impone en los asuntos que le parecen importantes. Cuando no lo logra, pasa por alto a la institución y hace lo que considera vital para sus intereses.

Mearsheimer no oculta su desprecio por la efusiva farsa con que "Clinton y compañía" –Madeleine Albright, Strobe Talbott y subalternos menores– intentaron encubrir estas realidades. Su libro puede leerse como el epitafio necesario del dogmático credo del ex presidente, al que con sarcasmo cita: "En un mundo donde rige la libertad, y no la tiranía, el análisis cínico de la política del poder no produce resultados. Es incompatible con la nueva era".<sup>5</sup> En todos estos aspectos, *The tragedy of great power politics* es un esfuerzo de desmitificación definitiva.

No obstante lo lúcida y vigorosa que resulta la crítica de Mearsheimer como profiláctico de las ofuscaciones liberales, su descripción de la dinámica de las relaciones interestatales adolece de dos grandes deficiencias. La primera tiene que ver con la hipótesis en que se fundamenta toda su estructura teórica: que "la supervivencia es el principal objetivo de las grandes potencias" –una supervivencia permanentemente amenazada por la motivación equivalente de otros Estados en condiciones de anarquía internacional. Es importante subrayar lo que Mearsheimer pretende dejar en claro aquí: lo que está en juego en esta lucha competitiva no es la vida de la gente, sino la existencia del Estado. Todo su esquema explicativo depende de esta premisa. En una obra tan detallada y documentada como esta uno esperaría encontrar al menos un capítulo dedicado a sustentarla, pero Mearsheimer se limita a abordar este tema en un solo párrafo. En él hace el primer enunciado de su idea: "Sobrevivir es el objetivo principal de las superpotencias. Específicamente, los Estados intentan conservar su integridad territorial y la autonomía de su orden político interno". De acuerdo con esta lógica, un Estado vencido en la guerra perderá su territorio y será colonizado: la derrota en la lucha interestatal tiene como consecuencia la desaparición.

Ésta es una afirmación fáctica corroborable con una revisión histórica, y Mearsheimer da por sentado que la aceptaremos a priori. En efecto, es posible pensar en muchos ejemplos

de países que perdieron su soberanía o territorio a manos de otros más poderosos. Esto ocurrió en toda la parte del mundo que hoy llamamos "el Sur", durante los siglos de colonialismo europeo y también durante la guerra fría, sobre todo en África. Los funcionarios estadounidenses siguen amenazando con perpetuar tal exterminio en esas regiones: Paul Wolfowitz, por ejemplo, ha declarado que Estados Unidos "acabará con los Estados" que den refugio a terroristas. Mearsheimer, empero, no tiene en mente esa clase de Estados, ya que hace una distinción conceptual fundamental entre las grandes potencias –el tema de su libro– y los demás países. El criterio con que los distingue es militar. "Para ser una superpotencia –escribe–, un Estado debe tener un poderío bélico suficiente para combatir sin desventaja en una guerra sin tregua contra la nación más poderosa del mundo." Su afirmación sobre la supervivencia de los Estados se refiere a estos Estados.

Ahora bien, ¿acaso la derrota de una superpotencia conduce habitualmente a la destrucción de su integridad territorial y a la redistribución de su tierra como botín entre los vencedores? Sin duda, a menudo así terminaban las guerras feudales, y podemos hallar ejemplos célebres en la historia del absolutismo, en particular la partición de Polonia. Pero si revisamos el periodo histórico analizado por *The tragedy...*, comprobaremos que tal resultado no era la regla en esa época. Al final de las guerras napoleónicas, Francia no fue desintegrada. Talleyrand convenció a los vencedores de que sería un error destruirla o imponerle una paz punitiva. Bismarck se anexó Alsacia y Lorena, pero dejó intacto el imperio austriaco. Aunque la Entente restauró la independencia de Polonia y ocupó la región del Rin, respetó las fronteras del Reich. Ni siquiera Hitler abolió el Estado francés después de aplastarlo en el campo de batalla (el gobierno estadounidense, en efecto, siguió reconociendo el régimen de Vichy aun después del día D); sus maquinaciones territoriales se limitaron a Europa del este, donde la guerra nazi tenía el carácter de exterminio racial, y ciertamente habría implicado desintegrar la URSS, pero por razones de hostilidad ideológica al sistema social soviético que Mearsheimer consideraría irrelevantes para su esquema teórico.

El único caso real de destrucción de una gran potencia derrotada es el de Alemania después de 1945, donde el conflicto político por instaurar un orden social –comunismo contra capitalismo– fue al menos tan descollante como la lógica del realismo ofensivo. En general, en la era del capitalismo internacional, no hay ejemplos de superpotencias derrotadas o siquiera de Estados menores aliados de ellas que no hayan sobrevivido como entidades territoriales. Los países avanzados pueden infligir tal destrucción a los Estados débiles: en la desintegración de Yugoslavia hubo elementos de tal capacidad por parte de las superpotencias. Pero aun esta tendencia ha disminuido notablemente. La desestabilización selectiva de Estados en el sur mediante la manipulación de movimientos separatistas quizá persista, pero no llega al extremo de obligar al trazo de nuevas fronteras. Al parecer quedaron atrás los días en que las grandes potencias victoriosas podían arrasar a sus contrincantes. ¿Qué ocurre entonces con la "autonomía política interna"? Es verdad que los vencedores han impuesto cambios de régimen a las potencias derrotadas, desde la reinstalación por la fuerza de los Borbones en Francia, después de 1814, hasta la redacción de la constitución del Japón de la posguerra por parte de MacArthur después de 1945, aunque las derrotas también han suscitado frecuentes revueltas nacionales sin intervención extranjera directa, como las que dieron origen a la tercera República francesa, la constitución de Weimar en Alemania o la república Italiana de 1946. Con todo, ¿cuándo se

ha abolido de forma permanente la autonomía política interna de una potencia?

Poder estatal y orden social

Así pues, todo el esquema de la teoría realista de Mearsheimer parece apoyarse en un postulado abstracto –que las superpotencias afrontan una amenaza existencial– del cual hay escasos ejemplos históricos. Nos deja con un misterio. Puede convencernos con facilidad de que los grandes Estados aún se ocupan de la política del poder, pero, sobre esta misma base, no es capaz de explicarnos por qué lo hacen: qué genera tensiones mortales entre ellos. Sin embargo, en el mismo párrafo en que enuncia su definición básica de la lucha por la supervivencia de los Estados, incluye una cita para ejemplificarla. "Podemos y debemos construir el socialismo –declaró Stalin en 1927– pero para hacerlo primero tenemos que existir. Al parecer, Mearsheimer considera que Stalin sólo estaba expresando sentenciosamente su idea personal de la necesidad de que todo Estado preserve su integridad territorial y autonomía interna, pero es claro que Stalin tenía en mente algo muy distinto. Para él, "seguridad nacional" significaba la necesidad de un tipo particular de Estado para salvaguardar un tipo específico de orden socioeconómico. En este sentido, la seguridad nacional siempre tiene en su médula una sustancia social concreta. Es el baluarte de los diversos sistemas sociales: las estructuras de poder interno fundadas en un orden económico específico que, en las sociedades divididas en clases, comprenden la forma de vida general, las instituciones y la cultura de las clases dominantes y dominadas.

Mearsheimer está perfectamente consciente de las diferencias entre esos sistemas. Aunque "la seguridad es la mayor prioridad de las grandes potencias, en la práctica los Estados también persiguen otros objetivos; por ejemplo, la prosperidad económica, promover una ideología particular, la unificación nacional y a veces incluso la defensa de los derechos humanos". El realismo ofensivo reconoce sin dificultad estos objetivos no relacionados con la seguridad, "pero tiene poco que decir acerca de ellos, excepto un punto importante: los Estados los persiguen siempre y cuando lo que hagan para alcanzarlos no entre en conflicto con la lógica del equilibrio de poder, como a menudo ocurre". Así que la seguridad prevalece: por ejemplo, "pese al compromiso de Estados Unidos de expandir la democracia por el mundo, ayudó a derrocar gobiernos elegidos democráticamente y apoyó a varios regímenes autoritarios durante la guerra fría, cuando los políticos esta" dounidenses pensaban que estas acciones refrenarían a la Unión Soviética". En cuanto a las "intervenciones en pro de los derechos humanos", como no afectan el equilibrio de poder en modo alguno, son meras veleidades farisaicas. "A pesar de las afirmaciones de que la política estadounidense está impregnada de moralismo, Somalia es el único lugar donde han muerto en acción soldados norteamericanos por una causa humanitaria en los últimos 100 años", y "en ese caso, la pérdida de sólo 18 soldados traumatizó tanto a los políticos estadounidenses que se negaron a intervenir en Ruanda en la primavera de 1994", aunque "detener ese genocidio habría sido relativamente fácil y no habría afectado en la práctica la posición de Estados Unidos en el equilibrio de poder. Sin embargo, nada se hizo".

Estos fríos juicios contemporáneos sin dudan dan en el blanco, pero cuando Mearsheimer analiza los conflictos de las superpotencias del pasado, se ve obligado a hacer una concesión reveladora. Tras señalar que "las teorías estructuralistas como el realismo ofensivo" no pueden predecir el estallido de guerras, explica que "estas limitaciones se deben al hecho de que los factores no estructurales a veces cumplen la importante función de ayudar a determinar si un Estado entra o no en guerra. Los Estados no inician guerras

sólo por razones de seguridad". Como *The tragedy...* en esencia es una teoría de las guerras modernas, esta confesión quizá parezca una forma de curarse en salud; sin embargo, Mearsheimer se anticipa y argumenta en su defensa. Aunque "hay un precio que pagar por simplificar la realidad —o sea, pasar por alto los factores 'no relacionados con la seguridad', a pesar de lo relevante de las consecuencias—, el realismo ofensivo es como una poderosa linterna de bolsillo en un cuarto oscuro; si bien no alcanza a iluminar todas las grietas y resquicios, la mayor parte del tiempo es una excelente herramienta para navegar en la oscuridad". La analogía es atractiva, ciertamente, pero ¿y si las baterías de la linterna fallan?

Para comprender la dinámica de cualquier orden internacional moderno tenemos que ir más allá de esa representación de los Estados como personajes unidimensionales de papel recortado, provistos de armas, y examinar las fuerzas sociales dominantes que hay detrás del escenario institucional. Debido a que los Estados capitalistas conforman sistemas sociales muy diferentes de sus predecesores, contener las fuerzas sociales —sobre todo, los trabajadores asalariados "libres" y una clase intelectual en expansión— les ha acarreado desde hace tiempo nuevos problemas. Una enorme cantidad de política internacional y guerras desde 1792 ha estado relacionada estrechamente con el control de los desafíos "internos" al orden "doméstico", lo cual ha generado diversas alianzas o intervenciones que Mearsheimer pasa por alto. Al final de las guerras napoleónicas se hizo evidente para las superpotencias que Francia podría aspirar de nuevo a la supremacía en Europa continental. La lógica del realismo ofensivo indicaba que hacía falta imponer una paz punitiva; sin embargo, Talleyrand convenció a los vencedores para que se preservara el territorio francés y la autonomía interna porque sus interlocutores sabían bien que les convenía reprimir el espíritu revolucionario francés, y la restauración de la monarquía parecía la manera más segura de lograrlo. Pero para que ésta hiciera el trabajo con eficacia, debía recuperar su territorio y soberanía.

#### Alianzas de clase internacionales

Mearsheimer tampoco explica por qué la Entente obró con tanta torpeza en el pacto de Versalles. Al parecer no ha revisado *Politics and diplomacy of peacemaking*, de Arno Mayer, quien esclarece cómo los cálculos de las potencias vencedoras fueron afectados profundamente por el temor a la Revolución rusa, tal como la gran expansión del poder estadounidense después de la segunda guerra mundial fue facilitada enormemente por la preocupación de tantos Estados respecto a su seguridad interna frente al comunismo. Y las guerras de Corea y Vietnam deben entenderse como ejercicios de política "social" del poder: la necesidad de Estados Unidos de demostrar su capacidad de aplastar el avance del comunismo como movimiento revolucionario.

En otras palabras, no debemos soslayar las estructuras sociopolíticas internas de los Estados al estudiar su política exterior. Las estrategias nacionales de los Estados siempre buscan equilibrar las fuerzas socioeconómicas y políticas internas y externas, y la estabilidad de los sistemas interestatales depende de un ajuste entre esos arreglos internos y externos de los Estados dominantes. Antes de la primera guerra mundial, los sistemas europeos de dominio interno dependían de la movilización del nacionalismo militarista e imperialista. Esto dio origen a un sistema interestatal que funcionaba bien en el orden interno, pero muy mal externamente. Cabe decir que hoy presenciamos lo contrario: una serie de mecanismos externos de estabilidad (el régimen "globalizador") que tienden a aminorar las tensiones y

crisis internas.

En la óptica de Mearsheimer nada de esto es visible. Desde su perspectiva, el periodo que culminó con la primera guerra mundial en Europa constituye quizá el ejemplo más rotundo de realismo ofensivo, y a él dedica buena parte de su libro. Alegando que una lógica sistémica impulsa a las superpotencias a luchar por la supremacía regional, se concentra en el expansionismo de los nuevos reclamantes de hegemonía: Prusia –más tarde la Alemania de Guillermo II– e Italia. Mearsheimer separa las guerras de Bismarck contra Dinamarca, Austria y Francia de las disputas entre las fuerzas sociales y políticas internas respecto a quién lograría unificar la nación, y más bien las presenta como preparativos para un intento de dominar toda Europa, lo cual ocurrió en 1914. "Hay pocas dudas –escribe–, de que Prusia actuó de 1862 a 1870 tal como predecía el realismo ofensivo".

Hay muchas dudas, dada la ventaja política, de que la unificación nacional representaría para la aristocracia prusiana, en su lucha interna con otros grupos, el control de Alemania, y faltan pruebas de que Bismarck estuviera decidido a subyugar al resto de Europa y que se lo haya impedido sólo un desfavorable equilibrio de fuerzas. Mearsheimer sostiene que hacia 1900 Alemania tenía poder suficiente para alcanzar la hegemonía y empezó a prepararse en serio a fin de someter a Francia, Rusia y, de ser necesario, a Gran Bretaña. Pero si era esto lo que tramaban los dirigentes alemanes, ¿por qué no aprovecharon la derrota de Rusia ante Japón en 1905 para aniquilar al ejército zarista y ejecutar el plan Schlieffen contra la aislada Francia? Mearsheimer admite que el realismo ofensivo no puede explicar este traspie sin considerar otras posibles causas. ¿Acaso los gobernantes alemanes estaban más preocupados por proteger al zarismo del peligro revolucionario –en vista de que la monarquía pareció tambalearse ante la acometida de los trabajadores y las minorías nacionales entre 1905 y 1906– que sacar provecho estratégico de la situación? Por supuesto, hay muchos testimonios de que en 1914 Berlín creía poder ganar una guerra europea, pero no encontraba ningún pretexto para desatarla. La crisis de ese año no encaja bien en el esquema del realismo ofensivo, ya que sus causas evidentemente se encuentran en las profundas tensiones sociales y políticas que sacudían a las potencias imperialistas del continente en su transición al capitalismo moderno, así como en el papel que el chovinismo y el militarismo habían desempeñado desde hacía tiempo como piezas clave del dominio doméstico, manteniendo a raya los demonios de la fuerza laboral y el sufragio. Repetidas veces, desde Fashoda hasta Agadir, esta pauta ya había llevado a los Estados europeos rivales al borde de la guerra, principalmente por motivos triviales en un análisis racional de la política del poder, pero con consecuencias internas potencialmente graves para los grupos asociados con el inestable quehacer diplomático. En síntesis, la profunda falla estructural en el orden internacional europeo que originó el plan Schlieffen y sus contrapartes de la Entente era inherente a los mecanismos desestabilizadores del dominio político interno, comunes a todas las potencias en conflicto.

La falta de objetividad de Mearsheimer es aún más palpable cuando aborda el expansionismo italiano, si bien su análisis no carece de interés. Aquí también empieza comparando con una lógica interestatal sistémica la competencia entre las diversas fuerzas internas que conducen a un movimiento de unidad nacional, y luego enumera una lista impresionante de los planes italianos de expansión en todas direcciones, así como las acciones reales emprendidas por Mussolini. La expansión de Italia en la región oeste de los

Balcanes y en el norte de África sin duda debe considerarse como un intento por otorgar a Roma las credenciales colonialistas que en aquel tiempo necesitaban las superpotencias europeas, y el telón de fondo eran las tensiones y divisiones internas que a la larga hicieron surgir el hipernacionalismo del régimen fascista. Es indudable que las ambiciones imperialistas de Mussolini eran más serias que la risible campaña que los dirigentes polacos emprendieron en la década de 1930 para adquirir colonias en algún sitio y demostrar que también Polonia tenía la investidura de gran potencia. Sin embargo, la principal estrategia de Mussolini entre las guerras fue formar un bloque de Estados en Europa central, comenzando con Austria y Hungría, que serían aliados suyos: un plan que se vino abajo cuando esos países, y más tarde la propia Italia, sucumbieron ante el poder alemán. Asimismo, la anexión japonesa de Corea a principios de siglo debe analizarse dentro del contexto de la penetración estratégica europea y estadounidense en el este de Asia. En todo el mundo, las superpotencias intentaban controlar el territorio y las riquezas de los Estados débiles, aspecto de la política internacional al que Mearsheimer pone poca atención.

El poder disuasivo del agua

¿Qué papel desempeñó Gran Bretaña en este periodo? Aquí se manifiesta una segunda anomalía fundamental de la descripción de Mearsheimer del sistema interestatal. El realismo ofensivo no es, contra lo que parece, una teoría del poder mundial. La lógica hobbesiana de la supervivencia impulsa a los Estados a aumentar al máximo su poder, pero a diferencia del espacio abstracto en que Hobbes confina la "condición natural de la humanidad", el universo de Mearsheimer es geográficamente concreto, hecho de continentes y mares. Toda superpotencia debe tener por objetivo dominar, y en principio no puede haber límites a esa ambición. En la práctica, sin embargo, ningún Estado puede aspirar al dominio del mundo porque los océanos constituyen una barrera infranqueable al libre movimiento, aun para los ejércitos más poderosos. Mearsheimer llama a esto "el poder disuasivo del agua", y cumple una función esencial en su crónica de la historia moderna. Tras hacer una revisión de las invasiones lanzadas por mar, desde el fracaso angloruso en Texel en 1799 hasta el presente, concluye que "no hay un solo caso de un asalto anfibia realizado por una superpotencia contra un territorio que no estuviera bien defendido por otra gran potencia" (aparentes excepciones fueron el desembarco en Normandía y el ataque a Okinawa, donde se derrotó a rivales que ya estaban en la lona por otras razones). Si hay tales límites para el transporte naval, la fuerza aérea es menos capaz aún de asegurar el dominio de un Estado poderoso situado en otro continente.

En tales condiciones, ¿cómo puede concebirse la hegemonía? Según Mearsheimer, un Estado es hegemónico cuando "ningún otro tiene los recursos militares para enfrascarse en una guerra seria con él". De la idea del poder disuasivo del agua se deduce, pues, que la hegemonía mundial por definición es imposible. A lo único que puede aspirar en forma realista una superpotencia es a tener una hegemonía regional; o sea, confinada a su continente. Más allá de este límite, su interés es sencillamente actuar como "fuerza de equilibrio distante": hacer que su peso incline la balanza desde lejos en cualquier coalición necesaria para impedir que surja una hegemonía en otra región. En este punto la lógica de Mearsheimer parece contradictoria. ¿Por qué debería preocuparle esta perspectiva a una hegemonía regional si de todos modos disfruta de inmunidad marítima al ataque de sus rivales? Mearsheimer sale del aprieto con la débil conclusión de que una hegemonía regional debe mantenerse alerta ante el peligro de que otra esté ofreciendo ayuda a algún



advenedizo dentro de su jurisdicción. Como los mismos obstáculos logísticos determinan que esa ayuda nunca pueda tener gran relevancia militar, tal argumento no resulta convincente. Pero esas dificultades teóricas son pequeñas comparadas con los problemas empíricos que plantea el análisis de Mearsheimer de los contrapesos distantes.

Como cabría esperar, el primer gran ejemplo de fuerza de equilibrio distante que Mearsheimer cita es Gran Bretaña. Señala que, durante buena parte del siglo XIX, este país tuvo el poder industrial y la población para crear una poderosa fuerza de expansión en Europa, pero no lo hizo. Más bien se dedicó a poner a las potencias continentales unas contra otras en provecho propio, de la manera recomendada clásicamente por el memorando de 1907 de sir Eyre Crowe. La explicación de Mearsheimer de este papel autolimitativo proviene de su tesis sobre la infranqueabilidad marina. A los dirigentes británicos seguramente les habría gustado imponer en Europa su dominio político y militar, señala, pero se los impidió el Canal de la Mancha. Además, si hubieran intentado proyectar su poder en tierra a través del agua, se les habría opuesto una fuerte coalición de rivales del continente. Si Japón, otra potencia insular, logró cruzar el estrecho de Corea para realizar operaciones terrestres en la península y en Manchuria —e invadir más tarde China—, fue gracias a que no se topó con ninguna superpotencia (Rusia, como lo demostró su rápida derrota en 1905, no era temida como tal en el Lejano Oriente).

Con todo, Mearsheimer no aduce nada respecto a que alguna fuerza política en Gran Bretaña hubiese contemplado siquiera la expansión en el continente, o lamentado que el Canal de la Mancha fuera una barrera a la proyección del poder británico. Tras la derrota de Napoleón, Londres —haciendo valer su derecho de asegurar el tránsito libre por el río Scheldt— podría haber puesto guarniciones en los Países Bajos sin la menor dificultad. Si Gran Bretaña lo hubiera querido, la creación de Bélgica en 1830 le habría permitido establecer una cabecera de puente continental. Ni Francia ni ninguno de los diversos Estados alemanes fue un obstáculo serio a la proyección del poder terrestre británico al otro lado del canal. Pero a Londres no le interesaba la lógica del realismo ofensivo. En efecto, los sucesivos gobiernos británicos creían que podían usar sus riquezas y otras formas de influencia no militar para hacer contrapeso (o pasar el bulto) a cualquier Estado europeo en auge que tuviera ambiciones hegemónicas, y que el hecho de que no codiciaran territorios del continente aumentaría, más que debilitar, su influencia política en Europa.

Esto no significa, por supuesto, que los gobernantes británicos fueran más pacíficos o menos sedientos de poder que sus contrapartes del continente (más bien al contrario). Ocurrió simplemente que le dieron otros usos a su fuerza militar: apoderarse de la India y del resto de un enorme imperio de ultramar. Los jefes del ejército británico se ceñían al orden socioeconómico dictado por las exportaciones industriales, la intermediación financiera y la expansión imperialista más allá de los confines de Europa. Gran Bretaña tenía el carácter de Estado guerrero que cualquiera pudiera desear, pero su militarismo estaba consagrado a la subordinación y explotación de sociedades precapitalistas en el imperio territorial más grande de la historia. La lógica que cohesionaba las fuerzas externas y las estructuras internas de este sistema no pertenecen a los imperativos categóricos del mundo de Mearsheimer, en el cual toda gran potencia debe buscar imponerse a cualquier otra de su región. Para Londres, lo importante era el dominio de los mares. La hegemonía que se perseguía no era regional, sino naval. En caso de una guerra en Europa, desde luego,

Gran Bretaña trasladaría sus recursos militares de las colonias al continente, pero sus líderes jamás aceptaron la idea de que la región fronteriza de una gran potencia fuera una zona de emergencia permanente a menos que la conquistara una fuerza superior. Si Gran Bretaña actuó como un contrapeso distante en Europa, como Mearsheimer sostiene con razón, no fue por necesidad geopolítica, sino por decisión estratégica: una opción duradera derivada de la historia y la estructura social del país.

¿Estados Unidos con limitaciones?

El estudio de Mearsheimer termina, lógicamente, con las perspectivas del poder estadounidense actual, pero su análisis de este país lleva al extremo las paradojas de su esquema teórico. A diferencia de muchos realistas ortodoxos, no intenta presentar a Estados Unidos como el sucesor del siglo xx de la Gran Bretaña victoriana: desde hace mucho Washington ha representado una excepción entre las superpotencias. En contraste con los liberales derechistas, por otro lado, Mearsheimer no atribuye ningún valor moral o político distintivo al papel de Estados Unidos en el mundo. Lo que hace único a este país es que ha disfrutado de lo que todas las superpotencias deben buscar, pero sólo él ha alcanzado: la verdadera hegemonía regional. Desde la época de la doctrina Monroe, Estados Unidos ha sido la única superpotencia jamás desafiada del hemisferio occidental: una posición de supremacía que ningún Estado rival ha tenido nunca en Europa o Asia. Protegido de los intrusos por dos inmensos océanos, el continente americano ha sido jurisdicción exclusiva de Washington. Éste parece ser el origen de la firme creencia de Mearsheimer en el poder disuasivo del agua como clave de toda la geopolítica moderna.

Aquí se presenta la situación inversa: quizá Estados Unidos ejerza una supremacía sin rival desde Alaska hasta Tierra del Fuego, pero por la misma razón tal vez nunca llegue a tener un dominio comparable en otro continente. La hegemonía mundial siempre ha estado más allá de su alcance. Fuera del hemisferio occidental, por lo tanto, la función de este país siempre ha sido la de contrapeso distante. Ese es su papel actual y el que tendrá en el futuro (salvo en el inimaginable caso de que adquiriera el monopolio, y no sólo la superioridad, de las armas nucleares). Calculando con frialdad su intervención en las dos guerras mundiales desatadas en Europa hasta asegurarse del debilitamiento máximo de sus rivales, con un costo mínimo para sí mismo, Estados Unidos ayudó dos veces a impedir el surgimiento de Alemania como poder hegemónico continental, y después se enfrascó en la guerra fría para evitar que la Unión Soviética dominara un extremo de Eurasia y China el otro. Históricamente, empero, ha intervenido en conflictos entre grandes potencias de ultramar sólo cuando ha temido el surgimiento de una hegemonía regional que no pudiera refrenar una coalición local de poderes; ha preferido siempre "pasar el bulto" a otros, en vez de ocuparse de la ardua tarea de detener solo el peligro.

No existiendo ya la imponente amenaza de la Unión Soviética, concluye Mearsheimer, cabe esperar que Estados Unidos retome su papel tradicional y retire sus fuerzas de Europa a fin de permitir que los adversarios locales –la Alemania recién unificada, la humillada Rusia y la aprensiva Francia o Gran Bretaña–, cada uno con distinto grado de debilidad, vigilen el surgimiento entre ellos de alguna nueva hegemonía. En Asia oriental, por otro lado, la situación es sin duda menos favorable, ya que el enorme peso demográfico y el rápido crecimiento económico de China amenazan con originar tarde o temprano una auténtica hegemonía regional, cuyo surgimiento Estados Unidos debe intentar frustrar o retrasar.

Pero en cualquiera de estos escenarios estratégicos clave, Estados Unidos seguirá desempeñando la misma función básica que en el pasado. "Sólo la amenaza de otra superpotencia puede llevar a Estados Unidos a correr el riesgo de enfrascarse en una guerra intercontinental. Este país es una fuerza de equilibrio distante, no el policía del mundo." Sería un error tachar de apologetica esta extraña conclusión de Mearsheimer. Su libro no hace casi ningún elogio de la política exterior estadounidense, desde los días de Jefferson hasta la fecha. En cierto sentido, conclusiones como ésta más bien son inherentes a sus premisas; lo que las genera son las deficiencias estructurales de su teoría, no simple miopía política. Mayor trascendencia tiene aquí su tesis sobre "el poder disuasivo del agua", la cual adolece en principio de dos fallas. La primera es lógica: si es axiomático que los océanos garantizan que ninguna hegemonía pueda ser más que regional, ¿por qué debería preocuparle a Estados Unidos –que se encuentra seguro en América– la posibilidad de que surja una hegemonía en Eurasia? La premisa de que los rivales de ultramar podrían promover rebeliones internas –lo que consecuentemente haría necesario un contrapeso distante– es a todas luces demasiado débil para sostener el peso de la explicación del enorme historial de intervenciones militares estadounidenses en todo el mundo en el siglo xx; como si fuera posible hacer que la Tierra girara sobre el alfiler del telegrama de Zimmerman, que es prácticamente la única prueba que Mearsheimer ofrece de la amenaza de una intromisión extrahemisférica en el continente americano. Aquí hace falta una explicación más verosímil.

El segundo punto débil de la tesis de Mearsheimer es más bien empírico. Si Estados Unidos ha disfrutado de un dominio más o menos absoluto en América desde 1900, ¿es atribuible esto al poder disuasivo del agua? Prácticamente no ha existido hasta el presente un puente de tierra entre Norteamérica y Sudamérica. El istmo que une Panamá con Colombia sigue siendo una selva montañosa impenetrable: ningún camino conecta las mitades del hemisferio. El mar separa ambas regiones por distancias mucho mayores que la anchura del Canal de la Mancha. Un ataque estadounidense en Paraguay o Argentina no diferiría mucho, en cuanto a sus exigencias logísticas, de uno en Noruega o Marruecos. La historia demuestra que Estados Unidos no pudo impedir que Perón regresara al poder en 1945, ni tuvo mucha influencia en Argentina durante su régimen. Incluso en el Caribe, una zona mucho más cercana, Cuba ha desafiado a Washington a lo largo de 40 años.

La hegemonía estadounidense en el hemisferio occidental es, por supuesto, muy real –en términos diplomáticos, sigue siendo válido el famoso sarcasmo de Fidel Castro de que la oea es el Ministerio de Colonias de Washington–, pero ha dependido, más que de la supuesta inmunidad "insular", del abrumador predominio económico, demográfico y territorial de Estados Unidos sobre los demás Estados del hemisferio: ventajas estratégicas decisivas tanto dentro como fuera del continente.

En pos de la supremacía mundial

Es un hecho histórico que, desde la fecha de su intervención en la segunda guerra mundial, Estados Unidos ha buscado la hegemonía, pero no regional, sino mundial, objetivo que finalmente ha alcanzado. Los testimonios de esta ambición, proclamada con elocuencia por los principales portavoces y políticos estadounidenses, son tan claros y abundantes que sería exagerado revisarlos todos aquí. Para nuestros fines, basta con señalar la iniciativa estratégica central de Washington en la última década –no el repliegue de la otan al final de

la guerra fría, como exige la lógica de Mearsheimer, sino su primer despliegue de tropas en los Balcanes y su rápida expansión posterior hasta las fronteras de Rusia. Desde el 11 de septiembre de 2001, desde luego, la "revolución de los asuntos militares" ha llevado la máquina de guerra estadounidense aún más lejos, a terrenos antes inconcebibles: ahora tiene bases en cinco o seis Estados de Asia central y puestos de avanzada en el Cáucaso, que se suman a los 80 países de Eurasia, África y Oceanía a los que ya controla. La impresionante escala de este cinturón armado del planeta habla por sí misma, y contrasta evidentemente con los contrapesos distantes de Mearsheimer.

Sin embargo, para comprender cómo ha ocurrido esto, de nuevo es necesario revisar lo que hay detrás de las estadísticas militares en el sistema social que las ha creado. Si la estrategia imperialista estadounidense ha resultado muy diferente de la británica, es porque la evolución estructural del orden interno de Estados Unidos ha sido también muy distinta. Tras el triunfo del Norte en la guerra civil, el capitalismo estadounidense se transformó en un poder industrial de una clase aún desconocida en Europa, impulsado por la constante innovación tecnológica y un flujo permanente de trabajadores inmigrantes, que ofrecía inmensas oportunidades a una clase empresarial en cuyas manos estaba el mando de un Estado dedicado a expandirse ilimitadamente. A comienzos del siglo xx Estados Unidos hizo varios intentos colonialistas al estilo europeo, pero sus centros industriales no se contentaban con una proyección del poder internacional cuyo objetivo fuera, como el de Gran Bretaña, someter y explotar sociedades precapitalistas. Más bien buscaban expandirse a los mercados capitalistas más avanzados, lo que era imposible realizar en lugares como Filipinas. La estructura de la producción fabril de Estados Unidos –y no hablemos de sus finanzas- era tan singular, que su expansión internacional sólo podía llevarse a cabo mediante el dominio de los demás núcleos capitalistas avanzados.

Esto no cobró de inmediato la forma de una estrategia de seguridad en el sentido ortodoxo. En el periodo de entre guerras, la política estadounidense fue principalmente económica. Como Estados Unidos no afrontaba siquiera una amenaza remota de Europa occidental, la estrategia de Washington era confiar en los mecanismos de las deudas e indemnizaciones de guerra para mantener a los alemanes enemistados con los británicos y los franceses, y para que se abrieran puertas a la penetración industrial norteamericana –sobre todo en Alemania, el país capitalista europeo más afín a sus propias estructuras de acumulación. Todo esto cambió, por supuesto, con el estallido de la segunda guerra mundial, cuando la administración de Roosevelt –como Gabriel Kolko ha demostrado en *The politics of war*– se trazó el objetivo político de hacer una reconstrucción del orden mundial que impidiera el retorno a un sistema de regiones y equilibrios separados y permitiera a Estados Unidos volver a expandirse.

Esos planes se materializaron durante la gestión de Truman, cuando se marginó o silenció a las pocas voces que aún defendían el papel de Estados Unidos como fuerza de equilibrio distante (Kennan fue uno de ellos por un tiempo breve y de manera inconstante, antes de dejarse llevar por el consenso emergente). Acheson, constructor del imperio estadounidense de la posguerra, tuvo miras más altas: Estados Unidos no podía ni debía perseguir otro objetivo que no fuera la hegemonía política y militar permanente sobre Europa occidental y Japón. La victoria en 1945 permitió a Washington tomar el mando de todos los núcleos capitalistas avanzados, instalar tropas desde Reikiavik hasta Tokio, revivir las economías

capitalistas locales dentro del marco internacional establecido en Bretton Woods y unir a sus dirigentes en pro de una causa común anticomunista. Estados Unidos se convirtió en el poder hegemónico regional tanto en esas zonas desarrolladas como en las antiguas colonias europeas del sudeste de Asia. Políticamente, su dominio cobró la forma de un sistema de protectorados que resolvió con suma eficacia una contradicción fundamental del capitalismo: el hecho de que la acumulación de riquezas exija un orden internacional relativamente estable y predecible aunque el poder político esté concentrado en países rivales. La flexibilidad de las instituciones que Estados Unidos creó a partir de entonces ofrecía un almacén sobre el cual sus auxiliares eurasiáticos podían crecer y florecer de manera aceptable para ellos y dar la bienvenida a su protector. Mientras existió la Unión Soviética, por supuesto, la hegemonía estadounidense nunca pudo ser más que parcial o multirregional, pero desde la desaparición de la URSS no ha surgido un competidor equiparable y esa hegemonía por primera vez se ha vuelto verdaderamente mundial.

Desde luego, esto no significa que el poder de Estados Unidos sea absoluto u omnipresente. Como Mearsheimer señala puntualmente, China, Rusia, Alemania, Francia y muchos otros Estados menores conservan sus intereses y objetivos propios, que lejos están de coincidir siempre con los de Estados Unidos. Después de todo la hegemonía, como la concibió originalmente Gramsci, jamás implicó autocracia, ni nacional ni internacional. Significaba más bien un liderazgo económico, social y cultural, apoyado no sólo en la fuerza militar, sino también en la capacidad ideológica de imponer como valores universales a los aliados e incluso a los rivales las imágenes e idealizaciones del Estado hegemónico. ¿Quién podría dudar del poder de atracción que el "sueño americano" tiene entre las disímiles elites nacionales del Grupo de los Ocho y de la Opep? Desde el punto de vista estratégico, Estados Unidos es el único país al que puede aplicarse sin ambigüedades el esquema del "realismo ofensivo" de Mearsheimer –una vez desprovisto de su nada realista axioma de la inmunidad marítima. Ni la Alemania nazi ni Japón tuvieron más ambiciones que alcanzar la hegemonía regional en la década de 1940; la lógica de la expansión estadounidense, en cambio, ha sido en verdad ilimitada: "el poder por el poder", en palabras de Hobbes, se ha extendido hasta los confines de la Tierra. Pero si esto ha sido posible es porque los dirigentes de Estados Unidos no sólo han perseguido sus objetivos a costa de sus rivales, sino asegurado las condiciones generales para la expansión del sistema capitalista, en el que también tienen intereses.

#### Riesgo de fracturas

Dentro de este esquema, Estados Unidos no sólo ha conservado sino reforzado el particularismo de su orden político. Esta estructura ha sido transformada radicalmente por su sistema de protectorados, que le ha valido el apoyo de un enorme sector militar con amplia influencia dentro del sistema político interno y una cohesión social cuya fuerza aumenta –para unificar y mantener alerta a la población– cuando tiene un enemigo mortal en el extranjero. En síntesis, Estados Unidos hoy está preparado en política interna y proyección internacional para luchar por dominar el mundo. Mearsheimer acierta al decir que, a pesar de su poderío, a este país le sigue resultando en extremo difícil enfrascarse en una guerra terrestre de alta intensidad en Eurasia. Pero las barreras logísticas creadas por los océanos no constituyen obstáculos. La operación Tormenta del Desierto demostró la extraordinaria capacidad de Washington para realizar una proyección de largo alcance de su poder. Los impedimentos son internos y socioculturales. Ni el pueblo ni el sector militar

estadounidenses están dispuestos a aceptar grandes números de muertos; han perdido el apetito por una carnicería como las perpetradas en Corea y Vietnam. Sin embargo, Estados Unidos ha creado, en compensación, un monopolio de tecnologías de guerra electrónica cada vez más precisas que le otorgan una capacidad de maniobra militar a escala mundial y le permiten ejercer fuertes presiones –acerca de lo cual Mearsheimer no dice nada– sobre otros Estados sin necesidad de una guerra terrestre con otra superpotencia. Además, actualmente se está preparando a un ritmo febril para construir un escudo antimisiles que le daría una fuerza ofensiva nuclear que ninguna otra potencia podría igualar. Es también impresionante su capacidad para la guerra de baja intensidad y la acción encubierta para desestabilizar Estados menores.

Pero existen también impedimentos externos. Aunque sus servicios militares y de seguridad son apoyos indudablemente atractivos para diversos regímenes del Sur, y su potencial destructivo puede doblegar la voluntad de muchos países si esto sirve a sus propósitos, Estados Unidos aún debe demostrar que ha alcanzado la posición tecnológica necesaria para prevalecer sobre la resistencia política seria y de origen popular. La guerra del golfo Pérsico no representó tal prueba. El balance general de la campaña militar en Kosovo fue, en el mejor de los casos, ambivalente. Lo de Afganistán fue un impresionante espectáculo electrónico, contra un semiEstado frágil. Invadir y transformar Irak sería una demostración más palpable de la eficacia política de la tecnología militar estadounidense, aunque probablemente requeriría celeridad para colocar tropas de combate en tierra a fin de controlar a la población. En la actualidad tampoco es evidente que el capitalismo mundial necesite con urgencia el despliegue febril de las fuerzas armadas de Estados Unidos para protegerse de los inconformes. Como salvaguardas para el futuro, las capacidades del Pentágono sin duda son valiosas, pero el exceso de confianza en ellas no dará tranquilidad a los mercados financieros, no estabilizará los precios del petróleo y ni siquiera asegurará al dólar o a los mercados de divisas. Los regímenes que supuestamente deben ceder ante las amenazas quizá no siempre lo hagan: Estados Unidos podría ser arrastrado a guerras que ni espera ni desea. En las bolsas de valores, el recuerdo del río Yalu aún no se ha disipado por completo.

Más importante aún, falta demostrar que la interacción del poder imperialista estadounidense con los sistemas sociales de un mundo capitalista muy agrandado generará el mismo tipo de compromiso con el "sueño americano" que cautivó tanto a los dirigentes de los Estados de la ocdé durante los decenios de la posguerra. La quimérica visión de los arquitectos de los Estados Unidos del siglo xx –desde Elihu Root y Stimson hasta Acheson y los Rockefeller, quienes creían que el capital excedente de su país podía transformar y unir al mundo– corre el riesgo de convertirse en algo cercano a lo contrario: una economía que requeriría la manipulación de las relaciones monetarias, financieras y políticas para obtener capital con el cual sostener los periodos de auge del consumo doméstico y las burbujas especulativas. Una política militar y una geopolítica encaminadas cada vez más a sostener las relaciones socioeconómicas internacionales que sirvan exclusivamente a los intereses de Estados Unidos podrían generar agudas tensiones en el centro mismo del nuevo orden mundial. Una hegemonía que hasta la fecha ha dominado siempre de manera indirecta al resto del núcleo capitalista, modificando el ambiente externo de sus aliados subordinados, podría sentirse presionada a apuntar más directamente hacia ellos su arsenal de poderes.

The tragedy of great power politics no toca nada de esto. Su enfoque analítico decididamente se sustrae del carácter histórico y de los compromisos en constante cambio de los Estados cuyo historial examina. Pero si en un sentido esto constituye una grave limitación, en otro es lo que paradójicamente permite que el libro tenga un interés y un mérito permanentes. Y es que la limitación representa también una abstención. El estudio de Mearsheimer contrasta marcadamente con las ideologías oficiales del periodo, que pretenden delinear el carácter "concreto" de esos Estados con gran detalle y de dos maneras: o bien nos presentan el fantasma de una "paz democrática" al estilo de la imaginativa kantiana, en que los principales Estados capitalistas de la época han renunciado a la violencia para siempre, como un inconcebible abandono de la armonía civil entre ellos, o nos ofrecen una visión de los Estados "posmodernos" o "de mercado", que han desistido de las vulgares ambiciones de los Estados nación modernos en la medida en que cooperan para crear una "comunidad internacional" civilizada en el Norte y entablan implacables batallas contra Estados rebeldes y células terroristas fuera de ella, en el bárbaro Sur —las piadosas o frenéticas apologías del imperio estadounidense que hacen autores como Bruce Russett y Philip Bobbitt.<sup>6</sup> Mearsheimer se abstiene de hacer aseveraciones serviles de cualquier índole. Si el mensaje de su libro es escalofriante —la probabilidad de guerras entre las superpotencias del siglo xxi—, no lo disimula ni lo proclama. La izquierda tiene más que aprender de él que de cualquier cantidad de tratados sobre las "maravillas" del gobierno global que se avecinan

1 John J. Mearsheimer, *The tragedy of great power politics*, W. W. Norton, Nueva York, 2002, 555 pp.

2 *Ibid*, p. 35.

3 Thomas Hobbes, *The elements of law, natural and politic* (1650), Cambridge, 1928, p. 26; *Leviathan* (1651), Londres, 1988, p. 161.

4 Mearsheimer, *op. cit.*, p. 37.

5 *Ibid*, p. 23. La tendencia de Mearsheimer a apartarse de la hipocresía habitual puede apreciarse de mejor manera en sus comentarios sobre el plan de Clinton para Palestina formulado en Campo David: "Al parecer el plan concibe un Estado palestino dividido en tres provincias separadas entre sí por territorio controlado por Israel. En particular, la ribera occidental sería efectivamente dividida a la mitad por asentamientos judíos y caminos que se extendieran desde Jerusalén hasta el valle del Jordán. La Franja de Gaza y la ribera occidental ya están separadas geográficamente por territorio israelí. Los vecindarios palestinos del este de Jerusalén formarían parte del estado palestino, pero dos de ellos serían islas rodeadas en todos sus flancos por territorio israelí: puestos de avanzada separados de su suelo. El plan de Clinton permite a Israel mantener fuerzas militares en el valle del Jordán, una zona de importancia estratégica. Esto implica que Israel controlaría la frontera oriental del estado palestino. Israel afirma que estaría dispuesto a retirar sus tropas al cabo de seis años, pero no habría garantías de que en realidad lo hiciera. ¿Y por qué debería hacerlo? El valor estratégico del valle del Jordán para Israel —que es muy grande— no será menor con el paso del tiempo. Además, no se permitiría a los palestinos formar un

ejército para defenderse y tendrían que dejar que las tropas israelíes se desplazaran por sus nuevos territorios si Tel Aviv declarara 'un estado de emergencia nacional'. Esta situación recuerda la infame Enmienda Platt de 1901, que otorgó a Estados Unidos pleno derecho para intervenir en Cuba pero enturbió las relaciones cubano-estadounidenses durante más de 30 años. Finalmente, Israel conservaría el control del suministro de agua y del espacio aéreo de los palestinos. Es difícil imaginar que éstos aceptaran semejantes condiciones. Ningún otro país del mundo tiene una soberanía tan restringida, y aun cuando se aceptara el plan de Clinton, el nuevo Estado sin duda sería fuente constata de conflictos", *New York Times*, 11 de enero de 2001. Esas verdades crudas son, por supuesto, un absoluto tabú tanto para los círculos de poder demócratas como para los republicanos. En efecto, uno puede revisar las páginas de órganos ilustrativos como *Atlantic Monthly* o *New York Review of Books* para comprobarlo de manera directa.

6 Respectivamente, *Grasping the democratic peace*, Princeton, 1993; *The shield of Achilles: war, peace and the course of history*, Nueva York, 2002.

Traducción: Alberto Téllez.